

por todas partes, en fin en toda la Iglesia católica, el viernes que sigue á la octava del Santísimo Sacramento es un día solemne, consagrado á contemplar la ternura y los sacrificios del mejor de los corazones, y á “reparar las ingratitudes que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto sobre los altares.”



LIBRO SEGUNDO.
LA
SANTA MISA.

CAPITULO PRIMERO.

El Dogma del Santo Sacrificio.

Sumario: Diferencia entre el sacrificio del altar y el sacrificio del Calvario. La misa de San Gregorio. El milagro de Ferrara, 1171. Bolsena y Orvieto, 1268. Los incensarios de los angeles adoradores, en Ragusa, en Dalmacia, 1452. La cruz de Caravaca.

El altar es un nuevo Calvario en donde nuestro divino Salvador se inmola todos los días y en donde se derrama su Sangre sobre las almas para santificarlas.

Mas este sacrificio es incruento, aunque sea un verdadero sacrificio; la muerte de la víctima no se verifica allí realmente, sino solo de una manera mística; pues por la virtud de las palabras de la consagración, el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo son separados de tal suerte, que si el Salvador pudiese morir de nuevo después de haber resuscitado de entre los muertos, moriría realmente, porque las palabras sacramentales, como una espada misteriosa, separarían su Cuerpo y su Sangre.

Así pues, cuando en ciertos milagros, corre la sangre en el altar, es para expresar de una manera palpable á nuestros sentidos la inmola-
ción mística que se hace en la Santa Misa: pero

los miembros de Jesucristo no son destrozados; el sufrimiento no le ataca porque ya no puede alcanzarlo; la sangre que aparece nó es la Sangre de Cristo saliendo de las llagas dolorosas que pueden causarle la muerte.

Hemos visto precedentemente muchos hechos que indican que el Cuerpo y la Sangre del Salvador no están realmente separados después de la consagración y se encuentran á la vez bajo cada Especie.

Hemos podido comprobar también que muchos de los milagros referidos antes han tenido lugar en el altar y durante la santa Misa: así pues proclaman la verdad del sacrificio eucarístico. Pero podemos citar otros hechos que van aun más directamente á establecer esta verdad.

595. ROMA.

LA MISA DE SAN GREGORIO.

Un domingo, celebrando San Gregorio la misa en la basílica de San Pedro, distribuía la comunión á los asistentes y una dama romana se acercó como los otros; mas cuando el Pontífice pronunció las palabras acostumbradas: "Que el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo os sirva para la remisión de vuestros pecados y para la

vida eterna (1.)" esta mujer se puso á reir con aire de incredulidad. Gregorio le retiró el pan eucarístico y lo confió al diácono para que lo llevara al altar y guardarlo allí hasta que hubiese terminado la comunión de los fieles. Después de lo cual, dirigiéndose el pontífice á esta mujer: "Os suplicò me digais, le dijo, ¿qué pensamiento ha atravezado por vuestra imaginación cuando al ir á comulgar os habeis puesto á reir?—El pedazo de pan que me presentabais, respondió, era precisamente el mismo que yo había traído á la oblación; y no he podido dejar de sonreirme cuando habeis dado el nombre de Cuerpo de Jesucristo á un pan que he fabricado yo misma con mis propias manos." El santo pontífice volviéndose entonces hacia el pueblo, le pidió uniera sus oraciones á las del clero para suplicar al Señor que disipara la incredulidad de esta mujer; y luego volvió al altar.

En ese momento la Hostia que estaba allí depositada cambió de aspecto; los asistentes, y también la mujer, contemplaron con emoción indescriptible la carne ensangrentada de Jesucristo apareciendo en lugar de los velos, eucarísticos que la habian hasta allí ocultado á todas las miradas.

Cuando la incrédula hubo cedido á la evidencia y reconoció en el pan consagrado la presencia del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor,

[1] Los dos historiadores de San Gregorio refieren este milagro. Paulo Diácono da esta fórmula: Corpus Domini nostri Jesu Christi prosit tibi in remissionem omnium peccatorum et vitam eternam.

desapareció toda señal de carne y no quedó más, como antes, que las apariencias del pan.

Según la observación de Menseñor Barber de Montualt (1), hay que distinguir cinco misas de San Gregorio, cuyo recuerdo ha sido conservado por documentos históricos: la primera, esta de que acabamos de hablar: 2º en la cual la Hostia se transforma en un niño entre sus manos; 3º en la que ruega por un difunto cuya alma queda en libertad: 4º en la que traspasa un corporal del cual brota la sangre; y finalmente en la que se le aparece el Cristo de la piedad.

Este último milagro, que solo la tradición nos ha hecho conocer, tuvo lugar en Roma, en la casa misma del Santo transformada en oratorio, y situada sobre el Monte Coelius, Otra iglesia de Roma, de pequeñas dimensiones, pero grande por los recuerdos que guarda, lleva aun hoy día el nombre significativo de *divina pieta*, es decir el *el Dios* ó el *Cristo de la Piedad*. Este nombre recuerda el hecho de la aparición en la cual se mostró el Cristo en el estado lamentable á que le redujo su dolorosa Pasión. El prodigio debió pasar el domingo de Pasión, á la hora del Canon de la misa.

La aparición del Cristo de la piedad, ha gozado de gran fama á fines de la Edad Media y en el Renacimiento, y esta *misa de San Gregorio* era un tema piadoso que los artistas no se cansaban de representar en la tela, la piedra, la madera, en las piezas de platería, en los libros de horas y otros manuscritos.

[1] *Obras completas*, tom. VI, p. 253.

1171. Ferrara en Italia.

Una Misa de Pascuas.

El 13 de Julio de 1857, el glorioso Pontífice Pio IX, de paso por Ferrara, atravesaba por la tarde las calles de la antigua ciudad para ir á la basílica de Santa María del Vado. Rodeado de un cortejo magnífico de arzobispos y prelados y saludado con himnos y cánticos de alegría, al través de las olas apretadas de una multitud recogida penetró en la iglesia iluminada como en las mas grandes solemnidades. El Pontífice se postra delante del altar mayor y adora en el augusto Sacramento al Dios escondido de quién es vicario: luego se dirige á una de las capillas laterales. Allí se encuentra engastado en los mas ricos adornos de mármol y oro, una antigua bóveda de piedra salpicada de manchas de sangre; y desde hace setecientos años, viene el pueblo cristiano á este santuario á tributar sus homenajes á la sangre milagrosa de Nuestro Señor Jesucristo.

Pio IX se acerca, considera con atención respetuosa estas señales preciosas del amor de un Dios; y mostrándolas al cardenal que le acompaña: "Estas gotas de sangre, dice se asemejan á las del corporal de Orvieto." Luego se arrodilla en silencio. ¡Cuán elocuentemente debian hablar estas huellas de una sangre divina, símbolo inmortal del sacrificio y de la inmolación, al corazón del Pontífice herido ya

por tantas amarguras! Después de un último homenaje Pio IX se retiró muy conmovido.

Mas tarde, el Sumo Pontífice quiso asociarse á las magníficas fiestas organizadas para celebrar el séptimo centenario del milagro que ha dado á Ferrara esta insigne reliquia: en 1871. Pio IX concedió al clero de Ferrara un oficio especial para solemnizar cada año el quinto domingo después de Pascua la memoria del prodigio. En las lecciones de este oficio y en los autores mas dignos de fe hemos tomado los detalles siguientes (1).

El día de Pascua del año de 1171, 28 de marzo, en la iglesia de Santa María del Vado, servida entonces por los canónigos *portuenses*, se celebraba con mucha pompa la fiesta de la Resurrección del Salvador. El prior, Pedro de Verona, hombre de vida ejemplar y de costumbres muy santas, cantaba la misa solemne en el altar mayor, situado en el lugar en donde ahora se venera una imagen milagrosa muy antigua de la Santísima Virgen llamada de San Lucas. Otros tres sacerdotes y muchos clérigos estaban en el coro y una numerosa asistencia habia venido á tomar parte en las alegrías de la solemnidad pascual. ¿Acaso se encontraban en la multitud algunos de los impíos que escandalizaban entonces á los fieles de Ferrara (2). ¿O bien se preparaba secreta-

[1] Una publicada en Ferrara en 1878, *Omaggio al Sangue miracoloso che si venera in S. Maria del Vado*, contiene una bella colección de monumentos históricos concernientes á la Sangre milagrosa.

[2] Los Catharos ó Patarinos, que negaban la presencia real estaban entonces muy extendidos en la Alta Italia. Encontrábanse allí también muchos Judíos que después de haber abrazado el cristianismo habian apostatado.

mente alguna defección en el rebaño del Señor? Siempre es cierto que en este día quiso Jesucristo mostrar con ostentación que si está aun sepultado en el Sacramento del altar como en una tumba, en su mano está el salir de este sepulcro en donde el amor lo ha encerrado, para manifestar la hermosura de su Cuerpo divino y la vida para siempre inamisible que su Sangre preciosa recobró en la mañana de la Resurrección.

Después de la consagración, cuando el celebrante elevó la divina Hostia, apareció el Cuerpo del Señor á los ojos de los fieles que asistían allí, bajo la forma de un gracioso, y pequeño niño lleno de vida: su estatura no excedía al tamaño de la Hostia consagrada; mas como entonces en Italia, según la observación de Scalabrini, los panes de que se servían en el altar eran muy grandes y no tenían las dimensiones tan pequeñas y delgadas como las que se les dan ahora, todos los asistentes podían contemplar esta Hostia que no presentaba ya el aspecto de pan sino se habia cambiado súbitamente en forma humana.

Continuó el santo Sacrificio en medio de la emoción más viva. Mas he aquí que en el momento en que el sacerdote dividía la Hostia, cambió la escena de repente, y resonaron por todas partes gritos de terror: gruesos chorros de una sangre roja brotaban entre las manos del celebrante; el cáliz se llenó; el corporal, la mesa del altar y los vestidos sacerdotales, todo estaba ensangrentado; y finalmente, un chorro más abundante brotó con tanta fuerza que

alcanzó á la bóveda de la iglesia salpicándola de innumerables gotas.

¡Cómo pintar el espanto de los asistentes cuando vieron el Cuerpo del Señor cambiar las dulces y amables apariencias de la infancia en un espectáculo de carnicería y de muerte! Los judíos apóstatas de Ferrara recibían de este modo la respuesta más perentoria á sus odiosas negaciones; debían reconocer que Aquel de cuya presencia en el Sacramento blasfemaban es ciertamente el mismo Dios que derramó toda su sangre en el Calvario,

El milagro fue conocido inmediatamente en la ciudad, y poco tiempo después acudieron de todos los lugares inmediatos para admirar esta maravilla. El Obispo de Ferrara, Amat, vino apresuradamente á la iglesia del Vado; y pudo desengañarse por sus ojos de la verdad del hecho, y proclamó delante de todo el pueblo la "grande y maravillosa obra de Dios." Gerardo, arzobispo de Ravena, afamado, por su santidad, se conmovió á la noticia del prodigio; vino á Ferrara á adorar la Sangre eucarística, concedió indulgencias para acrecentar la piedad de los fieles, y no vaciló en anunciar públicamente á sus diocesanos las grandes cosas que el Señor acababa de cumplir.

Inútil es detenernos en establecer la autenticidad del milagro: los testimonios históricos que nos lo han transmitido, la autoridad de los siglos pasados que han creído todos firmemente en él, son irrecusables. Así es que el día en que la basílica restaurada fue devuelta al culto, en 1835, un orador podía

esclamar con todo derecho hablando del prodigio que constituye la gloria de este santuario: "Milagro tan sólidamente confirmado por innumerables testimonios, tan bien conservado por la constante tradición, que sería temeridad á la crítica humana negarlo ó dudar de él ¡Milagro permanente y durable! El poder inexorable del tiempo que todo lo borra, no ha podido ni desfigurar ni destruir los vestigios preciosos de la sangre divina: después de tantos siglos, estas gotas milagrosas se muestran todavía á las miradas de los fieles!"

1263. Bolsena y Orvieto.

EL MILAGRO DE LA IGLESIA DE SANTA CRISTINA.

Era la época en que la Alemania, destrozada sin cesar por la guerra desde la muerte del impío Federico II, no habia podido todavía elegirse un emperador; y los competidores, disputándose la corona llevaban la confusión y el desorden á todas las provincias germánicas. Un sacerdote de estas comarcas, distinguido hasta entonces por su piedad y por la práctica de las virtudes sacerdotales, sintió un día vacilar su fe por terribles dudas, especialmente acerca del adorable Sacramento del altar: á cada instante tenía que sufrir nuevos asaltos

de parte del espíritu de tinieblas: *Hoc est corpus meum; hic est sanguis meus!* ¿Cómo estas palabras tan sencillas y tan cortas, pueden hacer del pan y del vino, la verdadera carne y la verdadera sangre de Jesucristo? Tales eran las cuestiones con que el padre de la mentira turbaba esta alma por otra parte muy dedicada al servicio de Dios, llevándole poco á poco á no ver en el sacerdote sino un hombre ordinario, sin considerar el poder augusto que le ha conferido la unción santa: pues el detenerse en la flaqueza del ministro y no elevarse hasta Dios cuyo poder no tiene límites, es exponerse á los más fatales errores.

Mas el pobre sacerdote atormentado de esta manera por la prueba, había recurrido á la oración y pedía al Cielo la luz que le devolviera la paz: Dios atendió los gritos de angustia de su ministro, y el Sacramento de vida que había sido la ocasión de las maniobras infernales, sirvió luego para la derrota de Satanás.

Hay en la tierra un lugar privilegiado, en el cual brota siempre vivo y puro el manantial de la fe; esta es la ciudad de Pedro á donde debe irse á buscar la verdad. Nuestro afligido sacerdote lo comprendió é hizo voto de visitar el sepulcro de los santos Apóstoles para afirmarse allí en la creencia católica. Después de un largo y penoso viaje, llegó á Bolsena, antigua ciudad, que en tiempo de los Romanos se contaba entre las principales ciudades de Toscana, pero que no guarda ya de su pasada grandeza más que las ruinas y los

sepulcros. Era el mes de diciembre de 1263: un antiguo templo, dedicado en otros tiempos á Apolo, y desde los primeros siglos consagrado á la gloriosa virgen Cristina, se recomendaba á la piedad del peregrino; y quiso celebrar la santa Misa en el altar en el cual se vé todavía gravado milagrosamente en el mármol, la huella de los pies de la ilustre martir.

Llegado al momento en que debía partir la Hostia santa, el celebrante tenía el Pan consagrado sobre el cáliz, cuando vió, ¡oh prodigio! que tomaba el aspecto de una carne viva de la cual salía la sangre gota á gota; y no obstante, la parte que tenía entre los dedos conservaba la apariencia del pan, como para testificar (según la observación de San Pedro Damiano con motivo de un hecho semejante), que esta Hostia tan súbitamente cambiada en su forma exterior, era en verdad la que poco antes ocultaba bajo el velo de los accidentes el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. A poco fué tanta la abundancia de la sangre, que enrojeció el corporal con multitud de manchas: muchos purificadores con que el sacerdote trataba de detener este derramamiento misterioso quedaron también empapados en poco tiempo.

La vista de esta Hostia cambiada en carne y de la sangre que corría sin interrupción, llenaron al celebrante de un terror indecible al mismo tiempo que de santa alegría; por que reconocía que Dios acababa de escuchar sus súplicas y respondía á sus dudas de una manera irrefragable. Mas para no escandalizar á los fieles si llegaban á saber el motivo que había determinado este prodigio, quiso

tener secreto un acontecimiento tan extraordinario.

Pero no contaba con los designios de Dios que quería por este medio avivar la fe de otros muchos: así es que al tiempo que doblaba el corporal para disimular las manchas que lo cubrían en gran parte, se multiplicaron las maravillas. En cada una de las gotas que continuaban saliendo de la Hostia, aparecía una figura humana, el rostro adorable del Salvador coronado de espinas, tal como estaba en esa hora de dolor en que Pilatos mostró á Jesús al pueblo sediento de su sangre.

El terror impidió al sacerdote acabar el Santo Sacrificio; pues en estos casos extraordinarios, como enseña Santo Tomás (1), puede el celebrante dispensarse de terminar las funciones sagradas. Envolvió pues en el corporal todo manchado de sangre, la Hostia cambiada en carne, la colocó sobre el cáliz y dejó el altar: mas la sangre corría en tanta abundancia, que durante el trayecto de la capilla á la sacristía cayeron gruesas gotas sobre las piedras del pavimento. Esto fué lo que traicionó al sacerdote, y muy pronto fue conocido el milagro en toda la ciudad.

El Sumo Pontífice residía entonces en Orvieto, á seis millas de Bolsena; el peregrino fue sin tar-

(1) Summ. Th. p. 3. q. 82. á 4. "Sacerdos concecratus cum sacrificium Deo offerat el populo dispense, sacramentum hoc sumere detmet. Quod si miraculose corpus Christi in altari sub specie carnis appareat, aut sanguinis, non est tumendum. Nec propter hoc sacerdos transgressor efficitur, quia ea que miraculose fiunt, legibus non subduntur. Consulendum tamen esset sacerdoti quod iterato corpus et sanguinem Domine consecraret et sumeret."

danza á arrojarse á sus pies; refirió al Papa Urbano IV las pruebas que había tenido que sufrir en su fe, y el milagro provocado por sus dudas. Luego, provisto de la bendición apostólica y libre desde entonces de todo tentación, se dirigió al sepulero de los santos Apóstoles para dar gracias por el beneficio y cumplir su voto.

El Papa Urbano IV no se mostró indiferente á este prodigio extraordinario: Hallábanse entonces en Orvieto dos grandes lumbreras de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura, mandólos inmediatamente á Bolsena para que levantaran una información, y la verdad del milagro fue reconocida; el Pontífice encargó al obispo de Orvieto fuera á buscar á la iglesia de Santa Cristina la adorable Hostia, el corporal y los otros lienzos ensangrentados: el Papa Urbano en persona, rodeado de los cardenales, del clero y de una multitud inmensa, salió en procesión solemne y vino al encuentro de este precioso tesoro hasta el puente de Rivochiaro, como á un cuarto de milla de la ciudad. Los niños y los jóvenes llevaban palmas y ramas de olivo; cantando himnos y cánticos al Dios del Sacramento. El Papa se arrodilló para tomar los venerables Misterios y los llevó como en triunfo hasta la catedral de Santa María de Orvieto(1).

La costumbre de esta época era, según el decreto de Inocencio III en el IV concilio de Letrán,

(1) Todo lo que hemos referido hasta aquí está sacado de una inscripción latina muy antigua, grabada en una mesa de mármol rojo que se ve en Bolsena en la pared que está frente al altar en donde aconteció el milagro.—Vease la obra muy completa de Spl. Pennazzi, vic. gener. de Orvieto, publicada en 1731. *Historia del Ostia sacratissima che stillo sangue in Bolsena.*

en 1215, el conservar las santas reliquias ocultas á las miradas de los fieles. Esta prescripción dictada por la prudencia(1), se aplicaba á la Santa Hostia de Bolsena y á otros objetos teñidos con la sangre milagrosa; y Urbano IV hizo que se observara con cuidado. Envolvióse la Hostia cambiada en carne en un lienzo blanco muy fino, y se depositó con el corporal y cuatro purificadores manchados de sangre en una bolsa cuadrada bordada de oro y plata; y luego se colocaron estas inestimables reliquias en una cajita sólidamente guarnecida de fierro y provista de sus correspondientes llaves.—En 1338, los fieles quisieran proporcionar á este rico tesoro un relicario de gran precio, que permitiera exponerlo á la veneración pública con la pompa y los honores que le eran debidos. Un artista de fama, Ugolino de Viero, fué el encargado de la ejecución de esta obra maestra, que se admira hoy todavía: es un suntuoso tabernáculo de plata maciza, dorado, enriquecido con valiosos esmaltes y con multitud de adornos y de estatuas de mérito acabado (2).

(1) El concilio Provincial de Colonia, en 1452, dice: "Similiter si hostia transformetur in cruentam carmen, seu in sanguinem apparentem, occultatur penitus et omnino juxta traditionem juris nec populo quomodo Abeo publicetur seu ostendatur, ne sedueatur, et questuarius occurus populo prohibeatur."

(2) Rafael ha escogido el milagro de Bolsena para el ideal de una de sus pinturas al fresco en las *sanze* del Vaticano.

1452.- Ragusa, en Dalmacia.

LOS INCENSARIOS DE LOS ANGELES ADORADORES

San Jacobo de la Marcha, una de las glorias de la Orden franciscana, predicaba con mucho celo en la ciudad de Ragusa, y Dios multiplicaba los milagros bajo sus pasos.

Un día se había dedicado á probar con la autoridad de las Escrituras y de los Santos Padres, que en el augusto sacrificio de la Misa los sacerdotes consagran el Cuerpo verdadero y real del Salvador: sabía bien que en su auditorio se encontraban herejes que negaban obstinadamente esta verdad, sosteniendo que el pan y el vino no merecían nuestras adoraciones y que este culto es una idolatría.

Viendo que sus palabras no llevaban la convicción á estas almas ciegas, pidió á los religiosos del monasterio que colocaran de cada lado del altar mayor un angel adorador teniendo en la mano un incensario. "Se verán cosas maravillosas de estos dos ángeles," dijo: y antes de comenzar la santa Misa, mandó poner brasas é incienso en los incensarios. En esto había obedecido á una inspiración del cielo y su confianza no fué defraudada.

En el momento de la elevación de la Hostia, y luego en la del cáliz, todos los asistentes vieron

moverse las dos estatuas, agitar sus incensarios é incensar al Santísimo Sacramento, de la misma manera que los ministros del altar acostumbran hacerlo en esta circunstancia.

Este espectáculo inaudito aseguró á los católicos, confirmando los en la fe de tan gran misterio; los mismos herejes se rindieron á la verdad y la mayor parte confesaron que Jesucristo está realmente presente en la santa Eucaristía y que es digno de toda alabanza y merece nuestras mas profundas adoraciones.

Lo que había predicho el Santo no sucedió solo una vez; en lo de adelante, en los días de grandes festividades, se veía á los dos ángeles moverse por sí mismos y agitar su incensario; y el prodigio se ha perpetuado durante mas de dos siglos; cesó en 1663, cuando la iglesia fue destruida por un temblor de tierra; las dos estatuas fueron presa de las llamas. (1)

1227.--Caravaca en España.

Conversión de un príncipe musulmán.

Por el año de 1227 reinaba en Valencia un príncipe moro designado en las antiguas crónicas españolas con el nombre de Zeyt-Abuzeyt. Era en la época en que las frecuentes derrotas hacían ya

(1) Gonzaga, *De Origine Seraphice Religionis*, p. 484, habla de este prodigio que subsistía todavía en su tiempo.—Cf. *El Año seráfico*, por el P. León, tomo IV, p. 317.

presentir la expulsión mas ó menos próxima de los musulmanes de la península, y muchas conversiones habían tenido lugar entre ellos. El mismo rey de Valencia se hizo cristiano, y he aquí lo que dió ocasión á este acontecimiento.

Un santo sacerdote á quien su celo por predicar la verdadera fe había conducido entre los Moros, fue preso por los infieles y entregado en manos de Zeyt-Abuzeyt: un día preguntó el rey á su prisionero acerca de la religión católica, y al oírle hablar del sacrificio de la Misa, le preguntó cual era el objeto de esta ceremonia. “Sabed, oh rey, respondió el cautivo, que todo sacerdote ordenado para ofrecer este sacrificio está investido de un poder sublime; cuando sube al altar revestido de los ornamentos sagrados y pronuncia las palabras santas que el Salvador pronunció el jueves de la última Cena, la hostia que tiene en la mano se convierte en carne, y el vino del cáliz se convierte en verdadera sangre; y así el sacerdote produce el Cuerpo del Dios de toda santidad. ¿Cómo puedo creer esto, dijo el rey, si no me haceis ver esta maravilla?” El sacerdote, inspirado por Dios, respondió que celebraría la santa Misa en su presencia si se podía procurarle los diversos objetos que se requerían para el sacrificio; inmediatamente envió el rey un correo que los trajera, á la ciudad de Concha que estaba en poder de los cristianos.

Cuando volvió el mensajero, se apresuró el sacerdote á cumplir su promesa; ya había comenzado las ceremonias santas, dijo la confesión, y subió al altar cuando queriendo saludar la cruz se apercibió que la habían olvidado: detúvose muy entris-

tecido, y volviéndose al rey le dijo que no podía continuar porque le faltaba una cosa necesaria. “¿Cuál? preguntó el príncipe. ¿No sería, prosiguió Zeyt-Abuzeyt, designando el altar, lo que acaba de aparecer tan misteriosamente sobre vuestra cabeza?” El sacerdote levantó los ojos, y vió dos ángeles presentándole una cruz que traían del cielo; entonces prosiguió con alegría la celebración del Santo Sacrificio.

Entre tanto el rey consideraba con atención cada ceremonia, y su corazón se sentía conmovido bajo una impresión estraña: el sacerdote revestido de los ornamentos sagrados le parecía mas que un hombre, lleno de ansiedad se preguntaba qué iba á suceder, cuando en el momento de la elevación, la Hostia se transformó en un hermosísimo niño rodeado de rayos luminosos. Este prodigio triunfó de la infidelidad de Abuzeyt; é ilustrado por una gracia interior comprendió la verdad de los misterios de la fe católica y creyó en Jesucristo que acababa de manifestarse tan misericordiosamente á sus ojos; permitió á sus súbditos que abandonaran los dogmas impíos del Corán y él mismo, habiendo recibido el bautismo en el que tomó el nombre de Fernando en memoria del santo rey de Castilla, se retiró poco después á vivir con los cristianos, y murió en 1248 en Zaragoza, en donde pasó cristianamente los últimos años de su vida (1).

(1) Joan, Robles *Historia*. in Act. SS. Boll. 38 de mayo. La cruz milagrosa es muy conocida en España con el nombre de cruz de Caravaca, lugar donde se verificó el prodigio: ha sido conservada con religioso respeto y se han hecho innumerables reproducciones de ella, que las personas piadosas gustan llevar consigo. Santa Teresa y San Benito Labre, según la *Revista del Arte cristiano*, tenían cruces de Caravaca entre sus objetos de devoción.

CAPITULO SEGUNDO

EL CALVARIO Y EL ALTAR.

Sumario: El “milagro del verdadero cuerpo de Dios” en Braine en 1153. Waldurn, 1330: El Cristo coronado de espinas. Bruselas, 1370: El crimen de la Sinagoga. Milagro de Bois-Seigneur Isaac, en Bélgica

1153. Braine, en Soissonais.

EL MILAGRO DEL VERDADERO CUERPO DE DIOS.

A mediados del siglo XII, la antigua herencia de los condes de Braine (1) estaba en las manos de la ilustre y poderosa Inés de Baudemint, que se había desposado el año precedente con Roberto I^o conde de Dreux y hermano de Luis VII llamado el Joven: no menos recomendable por su piedad y su viva fe que por su elevado rango, la ble princesa se había convertido en apóstol de no sus dominios; de acuerdo con su cuñado Enrique de Francia, obispo de Beauvais, mostraba un gran celo por la conversión de los judíos establecidos en Braine; y eran estos tan numerosos que ocupaban una calle entera que por mucho tiem-

[1.] Braine cabzea de cantón del departamento del Aisne; ciudad muy antigua: en el tiempo de Chilperico y de Fredegunda, fue convocado en Bunnacum un concilio de todos los obispos de las Galias